

## Luces y sombras

**I**NAUGURA este libro una sentencia que es, o pretende ser, toda una declaración de principios. En la página 11, entre la dedicatoria y la introducción, es decir, antes de que el lector pueda hacerse siquiera una idea de lo que le espera, campa la frase: «Esto no es un libro de traductología». No sabemos aún si pretende invitar a una clase de lectores (a la manera del «Solo para locos» de *El lobo estepario*) o, por el contrario, cerrar la puerta a otros, advertirles de que nada tienen que esperar allí.

Las páginas siguientes van a dejar muy claro que se trata más bien de lo segundo. *Los enemigos del traductor* es un libro escrito por una profesional de la traducción, cuyas características (las de su persona y las de su oficio) ella misma va a ir delimitando en las siguientes páginas, que traza una línea muy clara no tanto entre los traductores y los teóricos como entre los profesionales y los circundantes, entre quienes hacen las traducciones y quienes escriben o peroran sobre ellas.

Se podrá estar o no de acuerdo con esa rígida delimitación, pero no está mal que la autora del libro la establezca desde un primer momento. Porque lo que viene a continuación es un conjunto de reflexiones, en su gran mayoría ya publicadas en distintos medios de comunicación, sobre la traducción como profesión, sobre las luces y sombras del oficio, sobre sus pasiones y amarguras.

La propia autora ha elegido dividir el volumen en cuatro partes: *El oficio de traductor*, que recoge en su gran mayoría sus propias contribuciones en el blog *De libros y hojas*; *El trujamán*, donde figuran las cinco aportaciones que hizo al «diario de la traducción» que editaba hasta hace muy poco tiempo el Instituto Cervantes; *Traducir a los clásicos y más allá*, en la que narra su experiencia personal con esa clase de autores que encarnan el sueño de tantos profesionales y son el canon de tantos lectores, y *La profesión de traductor, hoy*, de la que hablaremos más tarde.

Son partes muy bien diferenciadas. En la primera, aunque se mezclen las observaciones sobre el desempeño de la profesión con consideraciones sobre sus circunstancias (no es lo mismo hablar de traducir que del medio laboral y económico en el que se traduce), predomina la reflexión sobre la tarea misma, ese delirio entre el deseo de apropiación, la contención forzada por la ética y la pulsión verbal que todo traductor conoce, en el que vive y en el que flota (y a veces se ahoga). Lo mismo ocurre con la segunda.

La tercera, los clásicos, es la más propicia para la pasión. Amelia Pérez de Villar ha tenido ocasión de traducir autores y títulos de enorme enjundia (mencionaré, por afinidad personal, la trilogía de ensayos de Stevenson, *Escribir, Leer, Vivir*, publicada por Páginas de Espuma), y se extiende en sus tex-

tos acerca de sentimientos («cuando me ofrecieron el trabajo me sentí inmensamente afortunada»), reflexiones, miedos y, como no puede ser de otra manera en este oficio, decisiones. Es obvio que la autora es una traductora vocacional, que disfruta y que sueña con su profesión (con el desempeño de su profesión, las circunstancias son otro cantar), y que siente además la íntima necesidad de transmitirlo. ¿Qué es un placer si no se comunica?

En agudo contraste con esto, la cuarta parte del volumen traza un amargo panorama de la realidad profesional de la traducción. A las quejas comunes, que de tan reiteradas se habrían convertido en frases, de no ser por la triste verdad que encierran —tarifas, plazos, desprecios—, se suman en este apartado del libro otras no tan corrientes de leer, pero que a la autora le importan mucho, como haber sido víctima de «fuego amigo» en alguna cruzada profesional.

A despecho del subtítulo, no hay en este libro ni tanto elogio ni tanto vituperio. No hay tanto elogio porque realmente lo que se transmite es descriptivo, ora de los momentos más tristes del oficio o de los más alegres, pero nadie diría en realidad que se viertan juicios de valor que ensalcen la labor realizada, más allá de la reiterada verdad de que, sin nosotros, los lectores habitarían provincias lindantes con el silencio, como decía Steiner.

No hay tanto vituperio porque la autora no tiene pegas que ponerle al oficio, sino al entorno en que se desarrolla. Amelia Pérez de Villar es una de esas traductoras —hay tantas, hay

tantos— que sería feliz de traducir si pudiera hacerlo en las condiciones justas que se siguen echando de menos en nuestro mercado profesional. Casi puede decirse que de sus palabras se desprende a veces que, si este oficio estuviera pagado como corresponde a su cualificación, si se reconociera públicamente el mérito de quienes lo ejercemos, si fuera posible practicarlo con la debida tranquilidad, sería la mejor profesión del mundo. No es posible hacer otra cosa que suscribir cada una de sus palabras a este respecto.

Cierra el libro un breve apartado de conclusiones que deja en el lector un sabor amargo. Tan amargo que la propia autora se ve necesitada de disculparse («Me gustaría mucho poner un punto final más esperanzado, más optimista. No puedo»). Tan amargo que debería dar paso a una reflexión de los lectores, los principales beneficiarios de una tarea que no debería resumirse en que el disfrute de muchos lectores sea el producto del sufrimiento de un puñado de profesionales de alta cualificación a los que a veces se trata como meros engranajes de una máquina de hacer dinero.

*Los enemigos del traductor* tiene todas las ventajas e inconvenientes de los libros compilatorios, y todas las ventajas e inconvenientes de los libros sinceros, pero es una contribución oportuna a lo que debería ser un debate en el mundo de nuestra cultura. Y una valiente apuesta editorial. —CARLOS FORTEA.